

El regreso

Se lo había dicho mil veces. No una. Mil veces. Como aquella canción que emitía Radio Internacional a todas horas. Pero Tupo, mi hermano Tupo no me hizo caso. Nunca me hacía caso, Tupo, cuando algo le contrariaba. «Escucha —le dije—. Te la estás buscando. No mires más a esa mujer», y acentué la última frase para ver qué efecto hacía. Tupo sonrió con petulancia. Hinchó los músculos del cuello. Aparentó indiferencia. Cuando estuvo seguro Tupo de que me había impresionado, se dirigió hacia la muralla imitando los andares de un viejo boxeador, y miró, allá abajo, el mar violento y azul que rompía contra la base del acantilado. «Tú eres un crío —aseguró Tupo lanzando un guijarro al encaje de espuma que la violencia del mar dibujaba sobre las rocas oscuras. No me vengas con historias». Pero yo ya no era un crío. Qué va. Tupo se equivocaba. También yo miraba a Sôhora Hatimi, y olía el sudor de su cuerpo y su perfume de limón cuando pasaba, camino de la tienda de su marido, por las tortuosas calles de la medina. Tanto y tan intensamente la miraba, que Sôhora, días antes, se había cubierto el rostro, por primera vez, cuando me crucé con ella en la rue del Comercio. Ese gesto apresurado de la mujer, más que ninguna señal de cambio en mi propia naturaleza, me había dado a entender, como una bengala de colores que explotara de pronto en la bóveda del cráneo, que yo ya no era un niño. Cubriéndose los rasgos, y mirándome fugazmente por encima del velo en medio de la multitud, Sôhora Hatimi me había hecho hombre. Me había dado estatuto de hombre. Ante mí mismo. No ante nadie. Ni ante Tupo, que me siguió mirando aquella tarde, desde la muralla bañada por la rojiza luz de poniente, con la frágil y estúpida sonrisa de superioridad que solía sacar del pozo de su inmadurez cuando estaba presente su hermano menor. Era inútil explicar estas cosas a Tupo, un muchacho retraído y solitario, inseguro, sobre cuyo destino tuvo un peso decisivo, quizá, la azarosa vida de nuestro padre. Todavía le dije, a Tupo, que sería mejor que no pasara tan a menudo por delante de la tienda de Abdelazizi, un rifeño amigo de papá, antiguo ordenanza suyo en el dispensario médico de Beni-Mellal, que se había establecido en un pequeño local de la rue de la Casbah. Se lo dije a Tupo.

—¡Pero si eres tú el que siempre está allí! —protestó Tupo.

—¿Yo? —dije intentando ser convincente—. Sólo voy a la tienda cuando mamá me manda.

—¿Estás seguro? —dijo Tupo con la sonrisa burlona que yo sabía había copiado de un marica que andaba por los bailongos de la calle Goya y el café de París. Tupo, pues, insistió—: ¿Lo jurarías, Nino? No me vayas a joder.

—Sólo voy —insistí— si hay que comprar arroz, o matar gallina cuando padre vuelve del sur.

Y tuvo que gritar, porque Tupo ya se alejaba por la rue Maimuni en dirección al zoco y al bulevar Pasteur:

—¡Te lo juro, Tupo!

Pero no sé si me oyó.

Sóhora Hatimi no atendía a la clientela, ni siquiera a las vecinas europeas que acudían a la tienda. Mi madre comentaba, en este caso con fundamento, que el rifeño evitaba el contacto de su joven y hermosa mujer con cualquier persona que no perteneciera al círculo familiar. Debía que Abdelaziz no era de la costa, sino de una tribu salvaje de la montaña y que en la peluquería de madame Dupont se aseguraba que el rifeño, o sea, el moro, era muy celoso y posesivo. Añadió mamá —que no dejaba nunca que los demás opinaran, mamá, mientras nosotros sorbíamos un plato de sopa de gallina— que los hombres de Tánger —y miraba a padre, pero no a Tupo— darían una prueba de sensatez evitando la rue de la Casbah.

La presencia de Sóhora en el local de su marido podía tan sólo adivinarse por el revuelo blando de su ropa en la trastienda, y por los incesantes vasos de té que aparecían mágicamente en el pequeño mostrador, al alcance de la mano de Abdelazizi, que bebía la infusión con la mirada perdida, envuelto en su albornoz azul, como si se hallara sentado a la puerta del viejo y miserable cafetín de la aldea, en su Rif natal, viendo cruzar el cielo esas nubes algodonosas y rojizas que empujadas por el viento de poniente vuelan hacia las montañas como veleros escapados de las aguas turbulentas del Estrecho. Tampoco variaba el gesto inflexible del rifeño, su austero y distanciador continente, cuando, en vísperas del regreso de papá, llegaba yo a la tienda de la rue de la Casbah con la gallina que le había mencionado a Tupo. El moro no me miraba siquiera. El pequeño cuchillo brincaba fugazmente como un pez de plata en las manos de Abdelaziz antes de arrojar, con gesto indiferente, al animal herido de muerte a la calle polvorienta. El ave cruzaba ruidosamente el aire repartiendo plumas y chorros de sangre, pero su vuelo agónico no le llevaba más allá de la esquina con la rue Al Farrat. Emprendía allí una breve y enloquecida carrera, golpeaba furiosamente el polvo con las alas desplegadas y, al fin, el cuerpo desangrado iba quedando progresivamente apaciguado, recorrido, no obstante, por un prolongado temblor, como si el animal sufriera un frío invencible. El ave quedaba inmóvil, definitivamente quieta, o mejor sería decir desplomada, sobre la rue de la Casbah, emitiendo una espuma gaseosa y carmesí por la herida que le circunvalaba el cuello.

—¡Eh, dejad mi gallina! —decía yo al pequeño Ahmed y al grupo de chiquillos desarrapados que brincaban alrededor del animal.

Al regresar a casa, el pico bamboleante del ave iba dejando un rosario de sangre en el suelo de tierra de la rue de la Casbah. Empleados de tiendas y bazares, mendigos, niños hambrientos, la infinita variedad de tullidos y haraganes que llenan las calles de la medina, miraban codiciosamente mi presa, palpaban sus carnes, reían, imaginaban el inminente banquete y me dirigían frases breves y afectuosas: «¡Bueno apetito!», o «¡Recuerdos al doctor Serrafín!» El ciego de la rue Al Farrat, a mi paso, exclamaba con voz profunda: «¡Dios te bendiga!», y golpeaba imperativamente el suelo con su cayado, como si convocara, efectivamente, a la divinidad para dar cumplimiento a su deseo. La rue de la Casbah olía, la medina olía, todos los olores parecían reunidos en las callejuelas laberínticas, y el mundo de la medina, que era todo mi mundo, porque mi país era un sueño y una vaga nostalgia, parecía al borde de la descomposición. Hacía siglos, no obstante, que era así, y pasarían otros tantos siglos, muchos años, y la medina y las gentes de la medina continuarían allí, en la blanca colina que se asoma al mar, respirando sin percibirlos los húmedos y dulzones olores, abrazados a sus insondables miserias, dando un testimonio, seguramente inconsciente y desde luego inútil, de su profunda e inextinguible vitalidad.

Tupo, mi hermano Tupo, solitario y retraído, no andaba lejos, apostado bajo el arco de ladrillos de la mezquita. Pasaba allí largas horas de inútil espera. Quizás, alguna vez, la irrefrenable naturaleza de sus sentimientos se viera recompensada por el paso apresurado de Sóhora Hatimi, que dejaba tras de sí, antes de perderse entre la multitud de la rue des Chrétiens, ese olor de su cuerpo y del limón, y la fugaz estampa de un animal salvaje de las montañas de Xauen.

—Esa mujer cambió al muchacho —dijo papá con entonación fatalista—. Le cambió la vida. A Tupo.

Un sentimiento oscuro de culpa embargaba el ánimo del anciano, seguramente como siempre que no hemos sabido proteger lo que amamos.

Volvíamos del Hospital Español en un autobús cargado de moros y de animales domésticos. Todo el mundo gritaba, y los animales, nerviosos, disputaban los asientos a los pasajeros. Tupo estaba fuera de peligro, pero seguramente no recuperaría el movimiento de la mano derecha. Los médicos le habían dicho a papá, en una jerga incomprensible para mí que, al intentar protegerse Tupo, el cuchillo de Abdelaziz le había seccionado determinados tendones. Se temía, sin embargo, por la vida de Sóhora.

—Ahora podré estar más contigo —dijo papá, que estaba perdiendo visión con gran rapidez y se había hecho examinar los ojos por sus colegas del Hospital Español—. Seguramente tendré que dejar mi trabajo en Beni-Mellal. Además... —me miró. Parecía desorientado. Todavía tenía la pupila dilatada y un círculo de pomada blanca alrededor de los ojos—. Además, estoy preocupado por tu madre —y corrigió enseguida—: por mamá —dijo.

Me apretó la mano. Fue un mensaje silencioso, el de papá, de hondo y verdadero afecto, con los ojos inseguros fijos en la carretera. Una situación emocional muy semejante a la de ayer, cuando el ferry de Tarifa enfiló la bocana del puerto y, conmovi-

do por los recuerdos, divisé en la escarpada y blanca colina la ciudad del exilio familiar y el recinto irrecuperable de mis sueños de infancia y adolescencia. Treinta años después. La enorme grúa negra que las autoridades del puerto han conservado al borde del espigón, con su pluma sobre la escollera en la que mi padre me enseñó a pescar mientras soñaba con su regreso a la patria y miraba sin pestañear la costa andaluza, que se veía al fondo, como una línea azul, más allá de la bahía. Treinta años después. Los cafetines del puerto y el té que bebí como un sediento en la rue de la Marine. Treinta años después. Y aunque era inútil pensar en papá y la emoción se iba haciendo insoportable, miré a Norma, mi mujer, que parecía empeñada en volver a América con las fotografías de toda la medina, hasta el último rincón y la persona más insignificante, empezando por aquellos golfillos sonrientes que parecían el lejano Ahmed, el olvidado Mouley Rashid y todos los demás. Logré arrastrarla, a Norma, al cementerio español. Era el aniversario de una muerte, creo que la de mamá.

—Nino —noté el codo de Norma en un costado, mientras trataba de recuperar los rostros de mis padres mirando aquellas lápidas. Norma me susurró—: Hay un hombre por ahí...

Alcé la vista. Parecía no haber nadie en las inmediaciones de la tumba. Pero enseguida volví a sentir la presión del brazo de Norma.

Allí estaba, sí. Era él. Tupo. Tantos años más tarde, con el brazo derecho y la mano inútil replegados sobre el cuerpo. Pero tan irreconocible. Mi hermano. Tan vencido. Parecía un mendigo. Era un mendigo. Tupo.

—¡Tupo! —le llamé— ¡Soy Nino! ¡Nino!

Pero fue inútil. Aquel hombre se perdió entre las tumbas y luego le vi correr en dirección a la puerta del cementerio y el bosquecillo de pinos que cubre la ladera. Le dejé marchar. Del monte llegaba el aleteo de una brisa suave, imperceptible, como un mensajero del tiempo. Norma percibió mi desorientación. Vino hacia mí y me tomó la mano.*

* Este cuento obtuvo, en 1990, un premio «Hucha de Plata», instituido por la Confederación Española de Cajas de Ahorros, CECA.

Antonio Núñez